

ESTIMADAS AMIGAS Y AMIGOS:

Nos hemos reunido hoy para hablar sobre el Programa de mi gobierno; no sobre sus detalles --que ya habrá ocasión para ello-- sino sobre las principales ideas y objetivos que lo sustentan. Quiero hablarles de los **nuevos tiempos** y de las **tareas** que tenemos por delante.

Vivimos una época de **cambio histórico**. El cambio mismo se ha vuelto permanente, rápido y ocurre simultáneamente en diversos sectores: en la economía mundial, en las relaciones entre los países, en la producción y la tecnología, en la cultura y los valores. Han caído los muros que separaban a la humanidad y ha terminado la guerra fría. Estamos al comienzo de una nueva revolución tecnológica. A nuestro alrededor emerge un mundo globalizado y cada vez más interconectado. Los modelos ideológicos rígidos están desapareciendo. Las organizaciones se ven forzadas a cambiar. La gente es ahora más preparada, autónoma y consciente de sus derechos y deberes: quiere ser protagonista de la historia y no estar al margen, como meros observadores.

También nosotros estamos aprendiendo a vivir inmersos en el cambio, a adaptarnos a él, a pensar otra vez en el futuro y nos disponemos a avanzar en su dirección.

Los próximos años serán decisivos. Ante nosotros está naciendo un **nuevo mundo** que aspira a la paz, a superar la pobreza y a compartir las riquezas que la humanidad es capaz de producir. Tenemos que volver a soñar y a proyectarnos como una nación con metas ambiciosas y exigentes. Estos no son tiempos para conservadores. No pertenecen a los que siempre han desconfiado de la democracia y de las transformaciones. Tampoco son tiempos para nostálgicos o fabuladores.

UN GRAN SUEÑO COMO NACION

Tengo la profunda convicción que Chile está frente a una **oportunidad única**: esta generación, dentro de los próximos diez años, puede eliminar la extrema pobreza; transformar las bases del sistema educacional; renovar y ampliar la infraestructura de caminos, puertos y comunicaciones que necesitamos para continuar creciendo; aumentar vigorosamente el producto nacional y nuestras exportaciones; incrementar los niveles de bienestar de la población y resolver múltiples problemas concretos de las personas. Podemos ingresar al próximo siglo siendo una sociedad a la vez más moderna e integrada, con una sólida democracia y una economía que crece en beneficio de todos. Estamos en condiciones de realizar una síntesis entre la modernidad y nuestras propias tradiciones, dando paso a formas más equitativas de vida, trabajo y convivencia social. En suma, podemos crear un país donde nuestros hijos tengan la posibilidad de vivir en paz y con dignidad, puedan prosperar en un medio económico más dinámico y valerse de sus libertades para construir el futuro.

Estamos en condiciones de aprovechar esta oportunidad porque bajo **el primer Gobierno de la Concertación** el país ha creado las bases para dar un decisivo paso hacia adelante. Hemos avanzado en el camino de superar las divisiones que durante casi dos décadas separaron al país. Hemos recuperado las bases de una convivencia nacional pacífica y unitaria. Gozamos nuevamente de las libertades de la democracia. Hemos logrado, durante el Gobierno del Presidente Aylwin, impulsar un desarrollo económico sostenido y más equitativo; progresar en la justicia social y Chile ha vuelto a insertarse plenamente en la comunidad internacional. Hemos empezado a convivir, a respetar el pluralismo de nuestra sociedad y a crear sólidos consensos. La propia Concertación es una expresión de ese pluralismo. Es la más amplia y eficaz fuerza de Gobierno que se ha formado en el Chile moderno. Tenemos experiencia de gobierno, numerosos equipos técnicos y amplio respaldo en la ciudadanía.

CON EL ESFUERZO DE TODOS

Para avanzar resueltamente hacia el futuro dependemos, ante todo, de nuestra propia inventiva y capacidades; en pocas palabras: del trabajo que todos estemos dispuestos a poner en común. Yo estoy preparado para asumir mi responsabilidad y conformar un Gobierno capaz de conducir y orientar el esfuerzo de todos. Desde ahora nos comprometemos a concertar las múltiples iniciativas que surgen desde las personas y los grupos, a crear sólidos consensos de largo plazo y a definir nuestra visión del país exclusivamente en función del bien común.

Entendemos que la **misión cotidiana del Gobierno es apoyar a la gente a resolver sus problemas concretos**. Los problemas empiezan a resolverse desde abajo, uno a uno, o nunca se solucionan. Todos tendremos que trabajar al máximo de nuestras energías y el Gobierno crear las oportunidades e incentivos para que eso sea posible.

Los países no se hacen grandes con visiones pequeñas, con propósitos menguados o con limitados esfuerzos. Jamás pueden construir un sentido de comunidad, un propósito nacional, un proyecto de largo plazo si descansan en la exclusión y las desigualdades, tienen gobiernos minoritarios o viven volcados hacia el pasado. Por eso mismo rechazamos el concepto de que el país es la suma de sus egoísmos; que las libertades de los más fuertes pueden ejercerse sin respeto por los débiles; que todo depende del dinero, y que la solidaridad es un valor del pasado. Por el contrario, los países más exitosos son justamente aquéllos que forman una comunidad moral; que tienen un cuerpo común de valores que los inspira y mantiene unidos; que asumen con fuerza su identidad y sus tradiciones; que se renuevan y adaptan al cambio, que se ocupan de los más débiles y de la equidad, y que poseen un Gobierno activo, con visión y sensibilidad, capaz de ejercer liderazgo y dispuesto a colaborar con la gente en la solución de sus problemas cotidianos.

ELIMINAR LA EXTREMA POBREZA Y APOYAR A LAS PERSONAS

El norte de mi Gobierno será promover la iniciativa de las personas y los grupos, de las instituciones y las empresas. Su prioridad será avanzar resueltamente en el campo económico y social, de manera de hacer posible la eliminación de la extrema pobreza dentro de los próximos diez años, creando con ello las condiciones para una sociedad más justa e integrada. Superar de una vez para siempre las restricciones en que viven los más pobres es un imperativo moral. Pero es, además, una exigencia del desarrollo. Cada persona y cada familia que salen de esa situación e incorporan a sus hijos a la educación y a un empleo estable y productivo significan un triunfo no sólo de la solidaridad sino que también para el crecimiento del país. Eliminar la pobreza extrema nos hará por eso una sociedad más sana, más cohesionada y más fuerte.

Para lograr dicho objetivo, las políticas contenidas en nuestro Programa se dirigirán en lo inmediato a asegurar el crecimiento del ingreso de las personas y familias y la estabilidad de su poder adquisitivo; a la generación de oportunidades de trabajo, especialmente para los jóvenes; al mejoramiento de las condiciones de vida de las familias mediante un acceso equitativo a los servicios de salud, y a garantizar la seguridad de las personas en su vida cotidiana.

En efecto, si queremos reducir sustancialmente la extrema pobreza y luego eliminarla, --y aceptamos que este es el más importante desafío que tenemos al cruzar hacia el nuevo siglo--, necesitamos primero que todo mantener una política de estricto control de la inflación porque sólo de esa manera se protegen los salarios, las jubilaciones y pensiones de todos. Pero eso no basta. Necesitamos, simultáneamente, impulsar el crecimiento sostenido de la economía que es la condición de más y mejores empleos. Para eso el país debe ahorrar e invertir y las políticas del Gobierno deben incentivar el esfuerzo que hacen las personas, los trabajadores y los empresarios.

Este año, 1993, la inversión alcanzará el más alto nivel que el país ha conocido. Eso sólo es posible en un contexto de estabilidad política, de austeridad fiscal y de confianza en el futuro. Sólo un Gobierno con amplio respaldo puede generar esas condiciones. Nosotros tenemos la íntima convicción de ofrecer al país un Gobierno que garantiza, a la vez, estabilidad y un cauce ordenado para el cambio y la evolución que imponen los nuevos tiempos.

Mi Gobierno promoverá asimismo el continuada **mejoramiento de la salud**, especialmente en favor de los grupos de menores ingresos. Durante los últimos años el gasto real en el sector de la salud pública aumentó en cerca de un 50%, habiéndose incrementado la inversión real en más de un 500%. Con ello se mejoró el número y la calidad de las prestaciones tanto de atención primaria como en los hospitales. Hay sin duda mucho que hacer todavía. Nosotros daremos prioridad a la atención preventiva en favor de los grupos más expuestos; continuaremos descentralizando los servicios públicos de salud y aumentando la eficacia de su gestión, y fomentaremos su complementación con el sector privado.

En el ámbito de la **seguridad de las personas** actuaremos con eficacia frente a la delincuencia e impulsaremos las medidas necesarias para la renovación de la justicia, a objeto de que ésta sirva eficazmente a todos. Durante los últimos años, el país ha tomado conciencia que los problemas del delito y la violencia en la vida urbana tienen múltiples causas. Estamos dispuestos a enfrentarlos en su raíz. Para ello requerimos, primero que todo, vigorizar la estructura de la vida familiar y comunitaria y formar a las nuevas generaciones en las responsabilidades de su propia libertad. Asimismo, debemos continuar con la tarea iniciada por el Gobierno de ampliar y perfeccionar los medios de acción que el Estado y sus organismos especializados necesitan para prevenir y reprimir el delito.

Conjuntamente, todas estas políticas apuntan a mejorar la calidad de vida de los chilenos, especialmente de los sectores postergados. Su aplicación deberá por eso considerar como un objetivo central la **protección del medio ambiente** y el mejoramiento de las condiciones que organizan la vida cotidiana de las personas, especialmente en las principales ciudades. En este ámbito propondremos en el Programa un conjunto de medidas concretas, pues sabemos que ha llegado el momento de pasar al terreno de la acción.

LAS TRANSFORMACIONES NECESARIAS PARA EL DESARROLLO

Un Gobierno eficaz como el que Chile requiere para proyectarse hacia el futuro, junto con apoyar a la gente a resolver sus problemas cotidianos, deberá **impulsar las transformaciones de largo aliento** que se necesitan para garantizar el desarrollo del país.

Al próximo Gobierno corresponderá conducir esos cambios y encaminar al país hasta el umbral del año 2000. Para ingresar al siglo XXI con el empuje suficiente y en condiciones de competir en el mundo y crear una sociedad moderna, integrada y plenamente democrática, debemos abordar cuatro tareas esenciales:

1º. Transformar profunda y resueltamente la **educación** que reciben nuestros hijos, de modo de formar a las futuras generaciones para que puedan incorporarse plenamente a la cultura y la economía del próximo siglo.

2º. Invertir sostenidamente en la modernización de la **infraestructura** que sirve a la población en su vida diaria y en aquella que es indispensable para los sectores productivos, condición para que el país pueda seguir creciendo y para mejorar la calidad de vida de los sectores más postergados.

3º. Hacer de la **regionalización** y del funcionamiento de los **municipios** el sustento de una democracia más extendida, eficaz y flexible para abordar los

desafíos del futuro. Y,

4º. Unir al país en torno al desafío de aumentar nuestra **competitividad e inserción internacionales**.

Permítanme comentar brevemente lo que nos proponemos hacer en cada uno de esos cuatro ámbitos.

La educación

La primera, y quizá la más decisiva tarea, es **transformar nuestra educación**. Piensen ustedes que los niños que ingresen a la escuela el año que se inicia el nuevo Gobierno completarán su formación básica el año 2001 y egresarán de la educación media el año 2005. Tenemos por lo tanto la obligación de formarlos para el mundo que vendrá; no conforme a los ideales del pasado que cumplieron ya su función y agotaron su energía innovadora. Sobre la base de lo realizado durante el primer Gobierno de la Concertación, nos comprometemos a iniciar ahora, y a impulsar, una extensa reforma educacional. Existe amplio acuerdo respecto a que ésta es una condición esencial para poder hacer frente a los desafíos del futuro. En el caso de Chile esto es más evidente aún: somos un país cuyo principal capital es la educación de su gente y la capacidad de su fuerza laboral. De la educación y capacitación de las personas depende en gran medida la aptitud del país para producir y exportar. La educación es un instrumento clave para reducir y superar la pobreza de raíz. Además, es crucial para la formación de los valores y de la libertad; para la difusión del espíritu emprendedor y de innovación; y para dotar a la población del sentido de disciplina y responsabilidad necesarios para el desarrollo. Para que pueda efectivamente jugar su papel, tenemos que **poner al día la educación**, que ha quedado atrás respecto a las necesidades de las personas, el avance del conocimiento y las transformaciones de la economía. Tenemos que **aumentar su equidad y calidad**, focalizando el apoyo del Estado en las escuelas

más pobres y recuperando la proyección democrática del liceo. Tenemos que **mejorar el financiamiento y la gestión del sistema escolar**, y para eso crear un contexto que estimule y promueva el cambio, eleve el rendimiento de los agentes escolares y nos permita incrementar la inversión en las personas, con la contribución del Estado, las familias y las empresas. En suma, tenemos que hacer de la educación uno de los pilares del desarrollo, porque sólo en esa medida estaremos transitando por el puente que nos lleva hacia el futuro.

La infraestructura

La segunda tarea que debemos abordar si queremos enfrentar con éxito el paso al nuevo siglo es la de invertir en la **modernización de la infraestructura** que el país necesita para seguir creciendo y avanzar en la eliminación de la pobreza. El Estado cumple aquí un rol insustituible en cuanto a las inversiones de **infraestructura para la satisfacción de necesidades básicas de la población**, tales como agua potable, alcantarillado, equipamiento urbano y caminos vecinales. Por eso pondremos ahí la prioridad de las inversiones públicas bajo mi Gobierno. Pretendemos, en el próximo período, alcanzar una cobertura del 100% de agua potable en las áreas urbanas y beneficiar a cerca de 150 mil personas en las áreas rurales. En cambio, en el caso de la **infraestructura vinculada a los sectores productivos**, promoveremos la activa participación de los privados, bajo reglas claras, estables y eficaces que permitan al país aumentar sus inversiones en este ámbito y así desarrollar los puertos, el sistema vial y adecuados servicios de transporte.

La regionalización

La tercera tarea que debemos emprender es la de **convertir la regionalización del país y el funcionamiento de los municipios en el sustento de una democracia más extendida, eficaz y flexible** para abordar los desafíos del futuro. Reforzar la sociedad civil a nivel regional y municipal es clave para el desarrollo del país. Las democracias

más sólidas, estables e innovativas son aquellas donde la sociedad se organiza desde abajo hacia arriba, donde las comunidades locales son vitales y activas, y donde el Gobierno central concierta su acción con las comunas. Nuestro país se está convirtiendo rápidamente en una sociedad con varios polos de desarrollo, más abierta y desconcentrada, con una presencia más fuerte de las regiones y de las comunidades locales. Estos fenómenos suelen no percibirse con toda claridad desde aquí, en Santiago. Pero yo he recorrido varias veces el país y he estado en cientos de lugares conversando con la gente. Veo cómo empieza a surgir un nuevo sentimiento de orgullo en las provincias; cómo existe ahora un mayor dinamismo económico y cultural; cómo los profesionales y técnicos se desplazan y establecen en las regiones donde encuentran mejores oportunidades de progreso en la vida. Vamos a impulsar decididamente estos procesos; favorecer el desarrollo regional y comunal y dotar de mayor autonomía de gestión a las autoridades descentralizadas, junto con impulsar su profesionalización y nuevas formas de participación democrática.

La competitividad

Por último, la cuarta tarea que comprometerá el esfuerzo del Gobierno es la de **unir al país en torno a los desafíos de aumentar nuestra competitividad e inserción internacionales**. El crecimiento futuro de Chile depende de su capacidad para seguir expandiendo sus exportaciones. Competir en el exterior requiere un país unido, con visión de largo plazo y un alto grado de cooperación entre los empresarios, los trabajadores y el Gobierno. Para eso debemos trabajar mancomunadamente con el fin de aumentar la participación de los productos chilenos en los mercados donde hoy estamos y abrir nuevos mercados; incrementar la calidad de nuestra oferta exportable e incorporar cada vez más productos de mayor valor agregado; y redefinir consecuentemente el rol, las prioridades y la gestión de nuestra política internacional, elevando al mismo tiempo el talento operativo de nuestro servicio

exterior. Asimismo, necesitamos promover la **cooperación entre trabajadores y empresarios**; reforzar las organizaciones sindicales y la efectividad de las negociaciones colectivas; ampliar la capacitación al interior de las empresas y facilitar la movilidad laboral garantizando la seguridad del trabajador. En fin, tenemos que crear condiciones para **incrementar en forma permanente la productividad**, única forma de crecer y de esa manera mejorar simultáneamente la competitividad y los salarios. Nuestra economía no podría haber alcanzado el punto de desarrollo en que se encuentra, ni podría proyectarse con solidez, sin la actitud responsable de los **trabajadores y sus dirigentes**; el país debe reconocer ese esfuerzo e incorporarlos decididamente a las tareas del futuro.

PROFUNDIZAR LA DEMOCRACIA Y LOS VALORES QUE LA HACEN POSIBLE

En otro orden de cosas, el Gobierno fortalecerá las instituciones democráticas, aumentará la eficacia del Estado y afirmará el sentido ético de la política.

El impulso más vital de la democracia surge desde la sociedad. Por eso, una democracia es fuerte en la misma medida que la sociedad es más dinámica y sólida. Hacer avanzar la democracia significa en consecuencia organizar a la sociedad para que ella se gobierne y regule a sí misma al máximo, despliegue todas sus energías y capacidades y participe responsablemente en un ambiente de libertad y respeto por el derecho de los demás. Supone, además, **desarrollar y perfeccionar las instituciones políticas** de modo que sean plenamente representativas y operen con efectividad. En este terreno tenemos aún mucho por hacer. Mi Gobierno promoverá los cambios necesarios para que la democracia chilena se desarrolle plenamente. Con ese fin propondremos, entre otras medidas, reformar el sistema electoral; restituir la prerrogativa presidencial para el nombramiento de los Comandantes en Jefes de las FFAA; fortalecer el régimen de los partidos políticos y abrir nuevos cauces para la

participación ciudadana.

Se vuelve imprescindible, además, **aumentar la eficacia del Estado**; de su organización e instrumentos. Es sabido que yo no creo que los problemas del país puedan resolverse exclusivamente por mano del Estado. Sin embargo, no estoy del lado de aquellos que quisieran debilitarlo y empequeñecer el Gobierno, pues en esas condiciones el país quedaría a merced de los más poderosos y sobrevendría la anarquía y el desinterés por el bien común. Es efectivo que la actual estructura del Estado es anticuada en varios aspectos y no siempre responde a las necesidades del país. En general, es una organización pesada, rígida y excesivamente burocrática. Por eso mismo tenemos que modernizar el Estado si queremos avanzar. Para abordar con éxito los desafíos que tenemos por delante, necesitamos un Estado que represente a todos en función del bien común; que apoye efectivamente a la gente a solucionar sus problemas concretos; que proteja los derechos de los individuos y de las familias; que sea eficiente en sus acciones, evalúe constantemente sus resultados y a su personal y asuma el compromiso de un servicio público de calidad, oportuno y eficiente. Lo importante es que la gente perciba estos cambios. En particular, nos interesa mejorar la capacidad de regulación y fiscalización del Estado; acrecentar las capacidades de gestión del sector público y aumentar la eficiencia de sus empresas.

Por último, hablamos de **afirmar el sentido ético de la política**. Tengo para mí que la política democrática es función de servicio público o no es nada. Así lo aprendí temprano en mi vida y pude experimentarlo cuando ingresé al campo de la política, en un tiempo en que la lucha por la democracia se sostenía casi sólo sobre ideales, valores y esperanzas. La política es compromiso moral; es un asunto de valores, y una vocación: la de encarnar en la realidad los ideales con eficacia.

Quisiéramos entusiasmar a las nuevas generaciones para que aprecien, valoren y ejerzan la función pública al servicio de los demás. Rechazamos, en cambio, a

quienes usan la política para defender intereses de grupos, corporaciones o partidos, o la confunden con los negocios. No creemos que la política pueda ser reemplazada por la técnica ni que deba ejercerse autoritariamente para ser eficaz. En cambio, un Gobierno debe ser **confiable** porque apoya efectivamente a la gente y proporciona una dirección de futuro al país; y debe ser **transparente**, dando cuenta ante la ciudadanía y haciéndose responsable frente a ella. La Concertación encarna estos valores y aspiraciones y, como hizo el Presidente Aylwin, asumimos el compromiso de expresarlos en el próximo período.

Si deseamos completar el reencuentro de la Patria consigo misma y con la historia, debemos asumir a fondo el **principio de la reconciliación**. El país no puede vivir atrapado entre aquellos grupos --minoritarios, por lo demás-- que parecen contentarse con reproducir hasta el infinito los antagonismos del pasado. Del dolor no vamos a salir sino mediante un profundo proceso de reconstitución de la identidad nacional, que nos permita a todos reconocernos como parte de una misma comunidad. Para eso requerimos reconciliarnos entre los chilenos, otorgar respeto a los caídos y restañar la herida de las familias que hasta ahora esperan un gesto humano básico, que nadie tiene derecho de negarles. Hoy vemos a nuestro alrededor cómo existen naciones que se destruyen en la discordia y se preparan para vivir divididos y armados; y cómo hay otras que, tras siglos de antagonismo y cruentos enfrentamientos, son capaces sin embargo de acercarse y de iniciar la aventura de un reencuentro y se aprestan a convivir en paz. Durante los cuatro años transcurridos desde el reestablecimiento de la democracia, Chile ha adelantado la parte más difícil en este camino que lleva a su propio reencuentro. Nos resta completar dicho proceso para lo cual todos tendremos que poner de nuestra parte el último esfuerzo, con generosidad y volcados hacia el futuro.

CHILE EN LA ENCRUCIJADA DEL PROGRESO

Para finalizar quisiera transmitir un mensaje personal de aliento y de esperanza al país. Tengo la íntima convicción que Chile está en la encrucijada del progreso. No son muchos los países que tienen esta oportunidad justo al momento en que gozan de estabilidad interna, son respetados en el exterior y poseen la voluntad de avanzar unidos. Lo dicho no debe llevarnos a ser complacientes con nosotros mismos. A fin de cuentas, las tareas más dificultosas están por delante. Somos aún un país de grandes contrastes, con severos problemas sociales y atrasos en varios frentes. Todavía existen --en medio de nuestra sociedad-- la pobreza, niños abandonados y maltratados, personas desprotegidas, y zonas de atraso y marginación.

Muchas más son, en cambio, **nuestras energías y capacidades**. Quizá por primera vez hemos logrado sólidos consensos sobre los cuales construir. Poseemos una población activa que anhela trabajar y hacer prosperar las posibilidades del futuro. Y, lo que es más importante, hemos vuelto a establecer las bases de una común cultura de la fraternidad cívica. Por eso mismo nosotros estamos en contra del individualismo extremo. No creemos en un país donde cada uno se aísla; donde no interesa la fraternidad; donde cada quien se ocupa sólo de sí mismo; y donde el único valor es ganarle a los demás en una carrera destructiva.

Aspiramos, por el contrario, a crear un país de solidaridades. Cuya economía esté al servicio de las personas, donde el individuo sea libre y participe en el esfuerzo común, y donde las instituciones democráticas sean sólidas y respetadas.

Sobre todo, queremos favorecer los valores emergentes en la sociedad. La gente desea vivir en paz, de acuerdo a metas concretas y con ideales realizables. Rechaza la demagogia y el populismo. Todos están dispuestos a asumir una cuota de sacrificios si perciben que hacerlo produce beneficios compartidos. He visitado innumerables comunidades a lo largo del país y en todas partes he encontrado esa misma actitud;

ese mismo compromiso.

Nuevos valores de convivencia son también aquellos que afirman, de múltiples maneras, la irrupción de la mujer al mundo del trabajo y a un creciente protagonismo en la vida política, social y cultural de la nación. Los efectos que trae consigo este cambio son de enorme significación para el país. Es difícil encontrar hoy un aspecto de la vida nacional en que la presencia de la mujer no esté contribuyendo a modernizar las actividades y a tornarlas más creativas. Nuestro desafío, no sólo del Estado sino también de las empresas, los sindicatos, las universidades y demás instituciones del país es colaborar con este proceso iniciado por las mujeres.

Con igual fuerza queremos asumir los valores de autenticidad que los jóvenes proclaman en sus proyectos vitales y en su búsqueda de identidades más diversificadas, libres y abiertas a los nuevos temas del mundo que surge a nuestro alrededor. Ellos están llamados a participar activamente en su construcción. Por eso no cabe que se encierren en los límites de su existencia personal o privada, esperando que otros hagan lo que ellos no están dispuestos a hacer por sí mismos. Los jóvenes no buscan soluciones ya establecidas; quieren una oportunidad y tienen derecho a obtenerla.

También la continuidad y el cambio de la sociedad se ordenan en el sentido de los valores emergentes. El individualismo sin fundamento ético, aquel que fragmenta a la comunidad y convierte a sus miembros en meros consumidores y espectadores en el mercado, olvida que en el fondo todos somos interdependientes en la vida, el trabajo y la cultura. De allí el papel fundamental que en la modernidad ocupan la familia y las comunidades básicas, sin las cuales no sería posible transmitir los valores que en definitiva dan sustento al progreso. La solidaridad profunda es un signo de todo auténtico desarrollo.

Por último, se difunde en la sociedad con renovado vigor el espíritu de

emprender y la vocación empresaria. Existen en nuestro país cientos de miles de microempresarios, de pequeñas y medianas empresas y un sector de grandes empresas que combinadamente generan trabajo, invierten, inventan y permiten a Chile proyectarse hacia el futuro. Mi Gobierno apoyará la creatividad e iniciativa individual en todos esos sectores, especialmente en el nivel de la micro y las pequeñas empresas, generando mecanismos que favorezcan su constitución, operación y acceso al financiamiento.

Los valores emergentes --y aquellos otros que forman el tronco común de nuestra cultura democrática-- definen el horizonte de la nación que queremos y que podemos construir. Son valores que perfilan, también, un nuevo estilo de convivencia, de acción y de gobierno. Donde lo que importa son las personas concretas, su dignidad y sus derechos, y cómo apoyar sus iniciativas. Vivimos en un mundo cada vez más complejo, con múltiples formas de comunicación y participación. Tenemos que gobernar con muchos y no sólo para unos pocos; actuar con flexibilidad, sin imponer esquemas uniformes, rutinas rígidas y pesados controles. Tenemos que acoger la diversidad y transformarla en base de un orden social y cultural más rico y variado.

En ese plano, la cultura --con sus dinámicas inagotables de creatividad e innovación-- debe manifestar toda la riqueza de nuestros afanes, de nuestras aspiraciones e ideales. Queremos asegurar a las personas y a la sociedad las libertades que hacen la cultura; jamás ordenarla desde el Estado o el Gobierno. La creación y la comunicación sólo florecen allí donde cada uno puede expresarse, igual como la cultura se desarrolla sólo cuando todos tienen acceso a ella. Cabe por tanto a la sociedad impulsar las múltiples actividades que conforman la vida cultural de la Nación, y al Estado y el sector privada fomentarlas a través de mecanismos descentralizados, ágiles y livianos.

ESTIMADAS AMIGAS Y AMIGOS:

En unos pocos días más, daremos a conocer el Programa de mi Gobierno, en cuya elaboración han participado más de 2.000 profesionales y técnicos. Nunca antes se había congregado un grupo tan amplio, variado y de sólida experiencia para pensar al país y preparar las acciones que empezaremos a desarrollar desde el próximo mes de marzo.

Yo los llamo a ustedes, con las palabras de quien está habituado a emprender y a realizar, a unirse y trabajar por este **programa para los nuevos tiempos**. Chile tiene una oportunidad histórica. En nuestras manos está tomarla y convertirla en resultados. No tenemos tiempo que perder. Estamos preparados para gobernar e invitamos a Chile entero a asumir con decisión y esperanza el futuro.